

**LECTIO JULIO 3 DE 2022**  
**Domingo 14 Ordinario C**  
**Jesús formador de los misioneros:**  
**Para ser Buenos Obreros del Evangelio**  
**Lucas 10, 1-12. 17-20**

**“Los envió de dos en dos delante de sí, a todas las ciudades y sitios  
a donde Él había de ir”**

***Introducción***

El evangelio de este domingo trata de la evangelización. Hace una semana escuchamos que Jesús le dijo a un candidato al discipulado: “Tú vete a anunciar el Reino de Dios” (Lucas 9,60b), hoy vemos cómo esta misión se hace realidad.

Lucas, un evangelista misionero

El evangelio de Lucas tiene una particular preocupación por el tema de la misión. Ésta consiste en la realización del proyecto salvífico de Dios sobre el mundo, anunciado por los profetas, cumplido en el ministerio de misericordia de Jesús y extendido por todo el mundo por medio de la evangelización que la Iglesia realiza con el poder del Espíritu Santo.

Entre el comienzo solemne en la sinagoga de Nazareth (“El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido para...”, 4,18) y la efusión del Espíritu sobre la comunidad apostólica en Jerusalén (“Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra”, Hechos 1,8), el evangelio de Lucas traza todo un arco de intensa actividad misionera que tiene su punto más alto en su misterio pascual realizado en Jerusalén, donde su sangre derramada –como justo sufriente- alcanza para la humanidad entera el perdón de los pecados (ver el mensaje misionero en Lucas 24,46-47).

Jesús no vive su misión de cualquier manera, tanto su pasión por el Reino (“He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!”, 12,49) como su fidelidad al Padre (“que no se haga mi voluntad sino la tuya”, 22,42) lo impulsan en todo momento.

Esta pasión por la misión, junto con las actitudes y las tácticas requeridas para realizarla, Jesús se las va transmitiendo poco a poco a sus discípulos, los cuales en definitiva se convierten en sus “enviados”.

Tan importante es el tema de la misión que el evangelista Lucas nos presenta no uno –como los otros evangelistas- sino dos relatos de envío misionero: Lucas 9,1-6 (Jesús envía los Doce) y 10,1-20 (Jesús envía otros Setenta [y dos]).

La preocupación de Jesús se centra en la formación para la misión, los detalles de la realización misma se verán en los Hechos de los Apóstoles. Si bien desde ya se anuncia el éxito: “Regresaron los setenta (y dos) alegres, diciendo: ‘Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre’” (10,17).

Pero para que esto sea posible hay que seguir fielmente las instrucciones de Jesús. Así como hay exigencias para la vocación (ver el evangelio del domingo pasado) también las hay para la misión. En el pasaje de hoy vemos cómo Jesús educa cuidadosamente para la misión.

Para abordar mejor el texto tengamos en cuenta lo siguiente:

(1) La misión de los setenta (y dos) aparece inmediatamente después de un pasaje vocacional en el que se anuncian los temas que encontramos aquí: (a) el camino (10,1; en 9,57 se decía: “mientras iban caminando” en la subida a Jerusalén); (b) la proclamación (10,9; en 9,60 se dijo “vete a anunciar el Reino” como tarea prioritaria de vocación); y (c) el ser obreros del evangelio (10,2; en 9,62 se había hablado del “arado”, imagen de aquello en lo cual se pone toda la concentración).

(2) Es significativo el hecho que coincida con el paso de Jesús por territorio de Samaría (lo mismo que sucede en Hechos). Por lo tanto, se está pensando en la misión que se realizará en Samaría (ver Hechos 8).

(3) Cuando Lucas nos presenta este episodio no sólo está recordando con fidelidad las instrucciones del Señor (la enseñanza de la comunidad está enraizada en la del mismo Jesús) sino que está pensando también en su comunidad: en las necesidades y las dificultades propias del último cuarto del siglo primero. Por lo tanto, da la ocasión para reflexionar sobre las condiciones y dificultades que caracterizan cualquier misión cristiana.

Entremos ahora en algunos detalles significativos del texto:

1. Jesús envía un número amplio de misioneros (10,1)

“Designó el Señor a otros setenta (y dos)” (10, 1<sup>a</sup>)

El número de los “setenta (y dos)” enviados corresponde al número de las naciones paganas en Génesis 10 (70 en el texto hebreo llamado “masorético” y 72 en la versión griega llamada “septuaginta”). Estos misioneros simbolizan a las naciones del mundo y prefiguran la misión universal que se desarrollará en Hechos 13-28.

Uno de los puntos llamativos en el evangelio de hoy es precisamente que hay otras personas diferentes a los Doce involucrados en la tarea misionera.

Aquí hay una lección nueva sobre la misión. De hecho, Lucas es el único evangelista que menciona la misión de los setenta (y dos). Como se nota allí, la misión que simboliza universalidad no es llevada adelante por los Doce, si bien siempre estará en comunión con las directivas de los Doce.

Esto nos hace caer en cuenta que la vocación para la misión es amplia.

Ya en la primitiva Iglesia se notaba cómo muchos miembros de las pequeñas comunidades, que no pertenecían al grupo de los Doce, estaban activamente involucradas en la misión universal.

“De dos en dos... a donde había de ir Él” (10,1bc)

También es de anotar que en la misión la experiencia de Jesús y de la comunidad van de la mano:

(1) La dimensión comunitaria y testimonial aparece subrayada desde el principio en el dato “los envió de dos en dos” (10,1b), o sea que ninguno va solo. Esta cifra específica nos recuerda que, para la validez de una declaración ante un tribunal, por ejemplo, se requería al menos otro (testigo) que validara o negara lo dicho; a lo cual podemos agregar la importancia del apoyo mutuo y aún –si es del caso- de la corrección fraterna en medio de la misión.

(2) A pesar de las múltiples actividades que implica una misión, nunca se pierde de vista que lo esencial es la persona de Jesús, por eso se subraya que ellos van “delante de Él” allí “donde Él había de ir” (10,1c; ver también 9, 52<sup>a</sup>).

2. Lo que hay que tener en cuenta a la hora de realizar la misión (10,2-12)

Al tiempo que los envía, Jesús le da una serie de instrucciones a los misioneros. Veámoslas.

## 2.1. La oración por la provisión de misioneros: primera actividad apostólica

“La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (10,2)

La primera indicación práctica que Jesús da es la oración: “Rogad”. La mirada se coloca –como siempre lo hizo el mismo Jesús– en el Padre, quien es el “dueño de la mies”. La fuente de la misión es Dios mismo (ver el comienzo de la primera misión de Pablo y Bernabé en Hechos 13,1-3).

El misionero debe tener siempre presente que es un “obrero”, que está al servicio de un campo de trabajo que no es suyo, que por él consagrará todas sus energías aún en el momento en que llegue a sentir que la tarea lo supera (“la mies es mucha”).

El retrato del “obrero” que aquí aparece está muy cerca de la imagen de un campesino que trabaja de sol a sol con sus propias manos, que en cada jornada se juega su vida en la labor (ver 2 Corintios 11,13; Filipenses 3,2; 2 Timoteo 2,15).

Un primer desaliento comienza a aparecer: aún los setenta (y dos) serán insuficientes para la inmensa tarea de la evangelización. Pero la actitud de confianza en Dios y de responsabilidad con el encargo los acompañarán en todo momento: los misioneros orarán con fuerte súplica repitiendo la breve oración que les enseñó Jesús, porque todo proviene de Dios y es para Dios. Entonces: la primera acción apostólica es la oración.

## 2.2. Conciencia de la fragilidad, pero también de donde proviene la fortaleza

Jesús mismo responde la oración por el envío a la misión: “Id” (10, 3<sup>a</sup>). Y enseguida describe con una sola frase el ambiente de hostilidad que le aguarda a los misioneros: “Mirad que os envío como corderos en medio de lobos” (10,3b). La metáfora de los lobos y los corderos manifiesta la dolorosa desproporción.

La susceptibilidad de los discípulos ya se había notado en la recientemente fracasada misión en Samaría (ver 9,53-54), donde los misioneros afectados quisieron responder con agresividad y venganza.

Pues bien, lo que viene es todavía peor: ¿resistirán los misioneros? ¿su personalidad no se derrumbará ante los problemas?

En fin, puesto que la misión no es fácil, hay que estar preparados incluso para el fracaso. De ahí que los misioneros, conscientes de su fragilidad, deben tener muy en claro dónde está su fortaleza.

¿Cómo se presentarán, entonces, ante el mundo? Jesús lo dice enseguida.

Los setenta (y dos), así como los Doce (9,3), dependen totalmente de Dios para su protección y sostenimiento. Ellos son enviados al viaje misionero sin ningún equipaje como signo de su fe en que Dios suplirá sus necesidades: “No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias” (10, 4<sup>a</sup>).

Esta pobreza, que en realidad es libertad de corazón, se notará no sólo a lo largo de viaje sino en su comportamiento tanto en las casas (comerán lo que allí tengan) como en la ciudad entera. Quien brillará ante el mundo no será entonces el misionero sino Dios, fuente de todo bien.

2.3. Tres ámbitos del ejercicio de la misión: el camino, la casa y la ciudad

Jesús describe enseguida el comportamiento del misionero en tres ambientes: el camino (10,4b), la casa (10,5-7) y la ciudad (10,7-12).

(1) El camino

La sola figura del misionero en el camino, a la vista de todos, ya es dicente: es una persona despojada de los implementos necesarios para el viaje (las tres seguridades del viajero de largos trechos: la plata, el morral y el repuesto de las sandalias), que no tiene ambiciones personales y que – por el contrario- está completamente abandonada a la providencia de Dios. Se parece entonces a Jesús (ver 9,58); se anuncia así la belleza de la filiación.

La prohibición “no saludéis a nadie en el camino”, se refiere al detenerse saludando a los amigos o familiares, en conversaciones que en el antiguo oriente se prolongaban indefinidamente; por lo tanto, es una forma de volver atrás, hacia las preocupaciones mundanas, y perder la concentración en el servicio de la Palabra de Dios. La misión tiene urgencia, no da espera ni admite distracciones ni pérdida de tiempo en cosas inútiles.

## (2) La casa

Si en el camino no hay que detenerse, en una casa sí hay que hacerlo. El mismo Jesús da ejemplo de esto en numerosas ocasiones en el evangelio, por ejemplo, el pasaje de Marta y María (ver 10,38-42). En los Hechos de los Apóstoles es la constante (ver por ejemplo Hechos 5,42).

Acerca del comportamiento en la evangelización de la casa (entiéndase: de la familia) Jesús hace dos precisiones:

(a) “Decid primero: ‘Paz a esta casa’” (10,5).

No se trata de un saludo cualquiera (ver Jueces 6,23) sino de la invocación de las bendiciones de Dios sobre ese hogar: las bendiciones del Evangelio que traerá prosperidad. Es la “paz” anunciada desde la noche de la navidad: ya en el culmen del evangelio ésta es un efecto del misterio pascual de Jesús y se refiere a la salvación que le es ofrecida a aquellos que estén abiertos para recibirla (ver 2,14.29; 19,42; Hechos 10,36).

Puesto que es “don”, la bendición salvífica puede ser aceptada o rechazada. Como es sabido, la respuesta no era idéntica en todos los miembros de la casa, por eso enseguida Lucas recuerda aquello de la única ovejita que vale una misión entera: “si hubiere allí un hijo de paz”. El “hijo de paz” es la persona abierta a la Palabra y a los dones que provienen de Dios.

(b) “Permaneced en la misma casa” (10, 7<sup>a</sup>).

La evangelización de la familia pide dedicación e inserción completa: se comparte la vida de la familia. Cuando el misionero encuentra una respuesta (aunque sea la mínima) debe permanecer en esa casa poniéndose al servicio del bien de la gente. Las reglas de la hospitalidad mandan que la acogida del huésped incluya la alimentación y la dormida y esto ya es al mismo tiempo “su salario”. No hay que sentir escrúpulo por sentirse “carga” para la familia si se está al servicio de ella; tampoco hay que ser escrupuloso en elecciones alimenticias (“lo que tengan”, lo cual incluye la posibilidad de violar las leyes alimenticias judías cuando se anda en el mundo pagano; ver 1<sup>a</sup>Corintios 10,27).

Con estos dos comportamientos se indica el proceso de evangelización entero. Hay que hacer procesos de evangelización completos, no dejar tareas inconclusas, por eso: “No vayáis de casa en casa” (10,7b; ver el caso concreto de Pablo en casa de Lida: Hechos 16,15).

### (3) La ciudad

Se prevén dos posibilidades: la acogida (10,8-9) y el rechazo (10,10-12).

En caso de acogida, se repite a gran escala lo que se ha dicho sobre la evangelización de la familia. La acogida se expresa en el ofrecimiento de alimentos (regla oriental) quizás en la puerta de la ciudad, los discípulos deben aceptar (10,8).

Los misioneros hacen allí lo mismo que Jesús: predicán la llegada del Reino de Dios (10,9-11; ver 4,43: “para eso he sido enviado”) con palabras y obras. Ellos usan la autoridad que Jesús les da (10,19) para realizar los signos poderosos de esta cercanía del Reino: curar (10,9) y exorcizar (ver 10,17).

Cuando los misioneros son rechazados durante la tarea misionera (10,11), se les recuerda una instrucción parecida a la ya dada a los Doce (en 9,5):

“Decid: ‘hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies, os lo sacudimos’” (10, 11<sup>a</sup>). Sacudir las sandalias era una manera oriental de mostrar que no apoya la injusticia reinante. Con el gesto quiere decir: “entre Ustedes y nosotros no hay ninguna responsabilidad; asumirán el rigor de las consecuencias negativas de su equivocada decisión”. La referencia a la ciudad de Sodoma, símbolo de la ciudad pecadora, es aquí un aviso del lamentable destino que le espera a quien se negó conscientemente la salvación (ver 10,12; pero Dios siempre ofrece la vida, ver Deuteronomio 30,19).

De esta manera el misionero exige una decisión y hace caer en cuenta de la seriedad de la respuesta. El misionero no cambiará su mensaje para ganarse el favor de la gente: la predicación sigue vigente. Con todo, deja una puerta abierta para la conversión en cualquier momento: “Pero sabed, con todo, que el Reino de Dios está cerca” (10,11b).

### 3. El regreso de la misión: toda una fiesta (10,17-20)

Lucas no nos da detalles sobre la manera como los discípulos ejercieron la misión (lo hará en los Hechos), pero sí recoge los datos fundamentales del regreso.

¿Cómo regresan los discípulos de la misión?

La nota dominante es la euforia: “Regresaron los setenta (y dos) alegres...” (10,17).

El tema de la alegría aparece cuatro veces (vv.10.17.1721), dos veces referida a los discípulos y finalmente a Jesús. La alegría debe caracterizar al misionero.

La alegría por el éxito de la misión es una alegría diferente.

Baste observar la atmósfera de alegría, maravilla, alabanza y bendición, que se encuentra en los relatos de infancia (ver 1,14.28.46.58; 2,10), e incluso a través de todo el evangelio (5,25-26; 6,20-23; 15,4-32; 19,37-44; 24,50-53) y los Hechos (2,26-27.42-47; 13,48.52; 15,3.31).

El discípulo se maravilla por dos razones:

(1) por la obra de Dios en la historia humana: la destrucción del mal y el destronamiento del maligno (10,17b-18), han sido vencidas las fuerzas de la muerte;

(2) por haber sido instrumento de esta victoria (10,19), Jesús le ha dado su “poder” y por lo tanto poseen un poder más fuerte que el de Satán; y

(3) porque sus nombres “están escritos en los cielos” (10,21): ellos se han ocupado de la obra de Dios, pero Dios se ha ocupado también de ellos (Él ha “escrito” sus nombres) asegurándoles su salvación en la comunión definitiva con Él en la eternidad (sin embargo, ver 13,23-24).

En definitiva, no sólo por lo que han hecho sino por haber recibido el don de la salvación:

la comunión con Dios, que es la alegría de Jesús (ver 10,21-22). Hay una cierta complementariedad entre lo que sucede dentro y lo que sucede fuera; entre los otros y sí mismo. Este es un aspecto fundamental del ser testigos y proclamadores del Reino, podríamos llamarlo “la victoria de la perseverancia” (ver 22,29-30).

Los misioneros de la “paz” entran en ambientes difíciles, “como corderos en medio de lobos”, llevando la reconciliación a los caminos, a las casas y a las ciudades. Su anuncio del Reino al mismo tiempo que cura al hombre aniquila el poder del maligno. Ellos no sólo trabajan arduamente, sino que también celebran gozosamente en la alegre dulzura de Jesús. Y esta certeza los acompaña siempre.



Recuperemos hoy el gusto por la misión, el mundo hoy más que nunca lo necesita. ¡Qué bello es ser misionero del Señor!

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Según el evangelio de hoy, ¿qué es lo que se debe tener en cuenta a la hora de realizar la misión?
2. ¿Personalmente, como hombre o mujer de fe, me siento misionero/a, es decir enviado/a por Jesús para extender su Reino o pienso que eso es exclusivo de sacerdotes y religiosos/as?
3. ¿En qué hago, o hacemos consistir nuestra oración y acogida a los/as misioneros/as? ¿Esperamos que lleguen o somos capaces, a partir de nuestra generosidad y solidaridad, de salir al encuentro de sus necesidades, compartiendo con ellos nuestro tiempo, nuestros bienes? ¿Qué propósito concreto podríamos hacer al respecto?
4. ¿De qué manera, en nuestra patria tan golpeada por la violencia y el sufrimiento podemos ser misioneros/as que lleven paz y alegría a nuestra sociedad?
5. Recuerdo algunos momentos de mi vida en los cuales haya hecho algo por los demás; una ayuda, una palabra de consuelo, una palabra de fe, una oración, etc. ¿Cómo me he sentido después?, ¿La alegría que he experimentado que certezas ha dejado en mí?

***P. Fidel Oñoro, cjm***

Centro Bíblico del CELAM